



02/Hacia una perspectiva antropológica de la soledad

José Ángel Ceballos-Amandi,
Coordinador del área de Ética Profesional.
Universidad Pontificia Comillas.
Madrid

El autor nos plantea la soledad como un problema de la sociedad actual: envejecimiento, familias monoparentales, separaciones... Mayores y menores estamos expuestos a ella y cada vez más tenemos que luchar contra el proceso de autoexclusión al que tiende la persona sola. No obstante, la soledad no es un defecto antropológico. La condición humana tiene como elemento constitutivo la soledad. El problema es cuando la soledad se convierte en desamparo o abandono y esa angustia se oculta tras una falsa percepción de la realidad sustentada en una falta de intimidad, que deja de lado la percepción de sí mismo. Para el autor, la fuente del problema no es la soledad, sino la ausencia de Dios.

Palabras clave: Soledad, Vida, Persona, Problema, Intimidad.

El autor nos plantea la soledad como un problema de la sociedad actual: envejecimiento, familias monoparentales, separaciones... Mayores y menores estamos expuestos a ella y cada vez más tenemos que luchar contra el proceso de autoexclusión al que tiende la persona sola. No obstante, la soledad no es un defecto antropológico. La condición humana tiene como elemento constitutivo la soledad. El problema es cuando la soledad se convierte en desamparo o abandono y esa angustia se oculta tras una falsa percepción de la realidad sustentada en una falta de intimidad, que deja de lado la percepción de sí mismo. Para el autor, la fuente del problema no es la soledad, sino la ausencia de Dios..

Key words: Soledad, Vida, Persona, Problema, Intimidad..

Que la soledad se está convirtiendo en un problema acuciante en nuestra sociedad, no es algo que se nos escape. Y un ejemplo significativo lo constituyen las diversas iniciativas del gobierno británico durante 2018, para poner en marcha un importante paquete de medidas, que la asumen como el mayor reto para la salud pública.

La necesidad de establecer una estrategia gubernamental para abordar la soledad en la que viven muchos de sus ciudadanos, muestra la dimensión del asunto.

La salud física y mental de las personas mayores que viven solas se ha convertido ya en uno de los temas de preocupación de las sociedades desarrolladas.

Y, por otra parte, el incremento de las llamadas familias monoparentales, no hace sino agravar el problema, llegando en ocasiones a alterar el patrón de independización de jóvenes en edad de incorporación al mundo laboral, al verse esta alterada por la necesidad de cuidar de los propios mayores solos.

Por otra parte, el acceso a las residencias, que en parte podría paliar algunos de los problemas derivados de la soledad de los mayores -sin duda los más vulnerables y afectados por esta situación-, no siempre es posible.

De una parte, por la escasez de plazas, frente a una demanda creciente. Y de otra, por el coste económico que ello implica para la familia, o el propio interesado. Coste que, por cierto, con-

trasta con los salarios medios en este sector, y que, en ocasiones, lleva a que quienes atienden a los usuarios de estos centros no siempre tengan la cualificación necesaria.

Por todo ello, aunque son numerosas las iniciativas que desde las administraciones públicas, ONG, o la propia Iglesia Católica, se han puesto en marcha en los últimos años, para acompañar a las personas que viven en soledad, el problema no sólo sigue existiendo, sino que es creciente.

En este sentido, quizá uno de los retos más relevantes sea el proceso de autoexclusión al que tiende la persona sola. La desconexión de la vida social, que en el caso de las personas más mayores se ve agravada por su limitada o inexistente familiaridad con las redes sociales y medios de comunicación electrónicos, facilitan el aislamiento social.

Sin embargo, si bien es quizá el segmento de población más evidentemente golpeado por ella, la soledad no es algo exclusivo de los más mayores. Así, el número creciente de familias desestructuradas es una fuente muy importante de la que este problema se nutre.

De una parte por quienes tras una ruptura familiar quedan solos y económicamente debilitados.

Y para quienes la mera reconstrucción de su vida puede constituir un verdadero problema, en no pocas ocasiones agravado por la falta de una familia que respalde. En estos casos, el miedo a la soledad actúa a modo de acicate, de forma que parece surgir una verdadera prisa por reconstruir la vida en pareja.

De forma que el porcentaje de parejas fallidas a partir de estas reacciones es llamativamente alto.

Pero otra consecuencia particularmente grave de estas situaciones es la soledad de los menores. Particularmente en el caso de aquellos que tras haber vivido sus primeros años en un entorno familiar en el que padre y madre eran

percibidos como una unidad de sentido, pasan a perder de manera abrupta a uno de los dos, que sigue estando, pero que necesariamente en la distancia.

Los procesos de incompreensión y que, con frecuencia, se ocultan a los adultos del entorno inmediato -especialmente cuando las separaciones han tenido lugar de manera contenciosa-, sumen a estos menores en una vivencia de la soledad perfectamente comparable a la de un adulto. Con la diferencia de que en estos casos carecen de los recursos psicológicos y sociales de los adultos. Y ello sin entrar en el caso de los menores dependientes directamente de los Servicios Sociales.

Así las cosas, parece justificado preguntarse si existe, en lo profundo del ser humano, algún tipo de connaturalidad para con la soledad, o si se trata más bien de una disfunción social propia de nuestro tiempo.

La tradición filosófica occidental ha fundamentado su antropología sobre la idea de una relación muy específica entre el alma y el cuerpo. Ciertamente es que hay tradiciones diversas, pero en este punto no puedo sustraerme a la idea de que es esa misma tradición -aristotélico tomista- la que históricamente ha servido de soporte a la Teología desde los primeros momentos.

Esa tradición, la misma en la que se va a definir por primera vez el concepto de persona, deja claro el carácter reiforme de la persona. Es decir, el carácter de cosa que la materialidad hace presente.

De manera que la propia libertad humana es una libertad reiforme, materializada. Esto no debe entenderse en el sentido de que el ser humano se agote en lo material. Sino, al contrario, significando que en lo más radical de la subjetividad humana, alma y cuerpo constituyen la unidad irreductible de la persona humana.

Por ello las necesidades humanas incluyen también las materiales, y tan ajeno resulta a la na-

turalidad humana la mera materialidad, como el angelismo. Por ello también, el ser humano es el único ser en la tierra que hace planes.

Es decir, el único que vive orientado intencionalmente hacia el futuro, hacia su futuro. Y por eso puede decirse también que es el único que debe prever los medios necesarios para la satisfacción de sus necesidades materiales, puesto que en ello estriba su supervivencia, habida cuenta de su condición reiforme.

Pero también por estas razones, nuestro referente relacional es siempre la subjetividad. Sin la percepción de nuestra propia subjetividad, no somos capaces de acceder al conocimiento real de nada, ni nadie más. Esto no significa que nos hallemos sumidos en el subjetivismo -antes al contrario-. Pero sí que cualquier conocimiento pasa por la percepción -aun implícita- de nosotros mismos.

O por decirlo de otra manera, nuestra capacidad de conocer cualquier realidad, parte necesariamente de nosotros mismos, y no puede ser de otra forma. Por eso no es ninguna anomalía antropológica el hecho de convertirnos en el objeto de nuestro propio pensamiento.

La anomalía, en todo caso, sería quedarnos atascados en dicha consideración -eso es el narcisismo-. Pero ¿acaso la relación con los demás no nos lleva en numerosas ocasiones a meditar sobre nuestro propio comportamiento, como vía de autodescubrimiento?

En este sentido podemos llegar a afirmar que la configuración de la propia intimidad exige una cierta soledad. Naturalmente, no se trata de la soledad narcisista del sociópata, ni que se traduzca en desasistimiento. Pero sí de la intimidad imprescindible para la construcción de la propia intimidad. Y ello viene requerido, tanto por el normal desarrollo de la psique humana, como por la relación con la trascendencia.

El encuentro con Dios no se produce habitualmente en medio del estruendo, sino en el si-

lencio interior, porque requiere saber escuchar en el propio interior, e implica el esfuerzo de distinguir la inspiración divina, de la propia voz interior canalizadora de la voluntad propia. Y esto, naturalmente, requiere un proceso de aprendizaje.

Por eso esa soledad de la que hablamos, no es se traduce en una suerte de solipsismo. No es una soledad que se agote en ensimismamiento. Es una soledad requerida para abrir la subjetividad a la Vida y a los otros. Es la soledad cristológica del monje -μοναχός-. Si no fuera así, desde San Antonio Abad, a San Benito o San Bruno, estaríamos en presencia de una anomalía antropológica, que en ningún caso podría constituir un camino de santidad.

Por consiguiente, la soledad como tal -como se ha dicho anteriormente-, no es un síntoma de solipsismo. Se trata, por el contrario, de un rasgo y una característica antropológica. Creemos de dentro hacia afuera. Y por ello es necesaria una intimidad con lo que está desde la que nos ponemos en contacto con lo que está fuera de nosotros.

Por eso la soledad entendida como interioridad, silencio, intimidad -incluso pudor si se piensa expresamente en la corporalidad como una categoría irreductible de la subjetividad- son aspectos imprescindibles e irrenunciables de la relación con los otros y con Dios, y se encuentran inevitablemente interconectados.

Tanto da si lo enfocamos desde la necesidad del silencio para la oración de diálogo íntimo con Dios, de la escucha al prójimo, sea quien sea, o de la relación íntima entre los esposos como condición ineludible para la dignidad del acto conyugal. Pero la clave de la soledad así entendida radica en la consideración de que mi mundo, en ese momento, se limita al otro, con el que aspiro a establecer una unidad.

Estamos constituidos para hacernos a nosotros mismos. Y nuestra realidad corpórea forma parte ineludible de esta naturaleza. Por eso mi

cuerpo es tan “yo” como lo es mi alma inmortal. Dicho de otra manera, somos subjetividad corpórea -no incorporada-.

Pero el tiempo es relevante para nosotros. Somos el único ser de la Creación que se hace a sí mismo en función de la utilización deliberada que hace de su propio tiempo.

Pero este proceso requiere ser consciente de la propia realidad antropológica que somos. Y esto no es posible hacerlo si no es desde la intimidad de cada uno. Una intimidad que paradójicamente es condición de posibilidad de la apertura a los demás, y que está abierta a la relación personal con Dios mismo.

Por eso quizá debiéramos plantearnos si el verdadero problema es la soledad, o el exceso de ruido. Ruido buscado, y cuya función primordial, paradójicamente, es aislarnos de nosotros mismos.

De ser así, lo que debería preocuparnos es ese tránsito diario que nos envuelve y arrastra, dificultando, cuando no impidiendo, el desarrollo de esa intimidad -entendida como autoposeción-, imprescindible para forjar la propia madurez.

Si ponemos esto en relación con la idea, antes expresada, de que nos hacemos a nosotros mismos a partir de los hábitos que vamos desarrollando a lo largo de la totalidad de nuestra vida, ese ruido tendría mucho que ver con personalidades insatisfechas, perpetuamente implicadas en una búsqueda de sí mismas que con frecuencia las incapacita para asumir compromisos, agotándose su vivir en el día a día.

Cuando una personalidad así queda fuera de los ámbitos profesional y social -vinculado al anterior-, sobreviene el terrible descubrimiento de que no hay nada.

Y esa vacuidad se convierte en una losa que aplasta y puede llevar a la percepción de la existencia como un sinsentido. Por eso, como afir-

ma Pascal, la percepción del vacío de los espacios infinitos puede resultar aterrador.

Pero detrás de esa angustia se oculta una falsa percepción de la realidad sustentada en una falta de intimidad, que deja de lado la percepción de sí mismo, en su apertura a Dios. Dicho más sencillamente, la fuente del problema no es la soledad, sino la ausencia de Dios.

La soledad se convierte en un problema cuando Dios desaparece -de hecho- del horizonte vital. Pero no porque Él no esté, sino porque ha sido expulsado de la propia vida. En ese momento el silencio aplasta porque no hay nada.

Es el horror vacui, la búsqueda de ruido que “rellene”. ¿Cuántas personas ponen la televisión simplemente para evitar el silencio -para que me haga compañía-? No se busca lo que el otro aporta a mi propio camino de perfección, que a su vez redundará en él, sino para paliar el peso que para mí constituye mi propia soledad. Soledad, silencio, abandono y sinsentido, se viven así como la misma cosa.

